

<b>Asunto:</b>	Notas a vuela pluma sobre rutas y raíces
<b>De:</b>	"Carlos Diz Reboredo"
<b>Fecha:</b>	Mie, 18 de Diciembre de 2013, 6:47 pm
<b>Para:</b>	"Ergosfera"

Hola tropa,

Me permito escribiros un breve mail, aun con la cabeza volteada de ayer noche, para teclear algunas de las notas rápidas y superficiales que me sugirieron ambas jornadas...

Cada uno se va de ruta con su macuto de trastos ideológicos, mapas de ideas, experiencias, marcas en el cuerpo y lecturas que lleva detrás, y por lo tanto el enfoque o la orientación de lo que más mal que bien pueda decir aquí se verá condicionado por mi formación y mi disciplina. Disculpado, pues, la posible distancia para con la vuestra.

En primer lugar, como a ninguno de vosotros se os habrá escapado, el acercamiento a esas otras naturalezas y a esos otros paisajes en la primera jornada mantenía claras resonancias con cierta perspectiva filosófica y cierto pensamiento de lo social imbuido de licencias poéticas y lazos metafóricos. Estoy pensando, obviamente, en Deleuze y Guattari.

Cuando las compañeras nos explicaban cómo el musgo crecía en las juntas, allí donde se concentra la humedad, colonizando la zona húmeda y transformando el substrato, dotándolo de vida, pensaba no solamente en el rizoma sino en el micelio/movimiento analizado en Zoopolitik. Al igual que con las acampadas indignadas -que terminaron polinizando el ambiente y reproduciéndose y propagándose aquí y allá también de un modo fractal- había una razón de ser (o más bien) una razón de espacio para estar ahí. En algún lugar de Zoopolitik hablo de la emergencia de una "política de grietas", corporalidades otras de lo político que aprovechan y se nutren de las ranuras, de las fisuras y de la permeabilidad de las juntas o de las porosidades urbanas para salir a la superficie y también -ya hoy- hacer cuerpo o anticuerpo con la institución, el Estado o la oficialidad. De eso trataba, en cierto modo, el paisaje de ciudad que admirábamos bajo el temblor de lluvia: el paisaje de una ciudad que está emergiendo sin ser mirado, que crece y se reproduce sin ser domesticado; salvaje, alocado, abierto, caótico, plural, diverso, vivo... quizás más ciudad (en "esencia") que la propia ciudad habitada, domesticada, diseñada, trazada, planificada, controlada, pensada, medida, leída, cronometrada, escenificada y calculada con rostro humano. ¿Qué ha representado históricamente la ciudad sino, ante todo, la posibilidad de volverse ingobernable?

Cuando nos hablaban de la "piedra degradada" veíamos, en efecto, cómo la planta y la piedra se confundían. Y en esa confusión veía yo la chicha de la primera jornada. Esto es, la confusión que -en perspectiva antropológica- se viene presentando en las últimas décadas entre las categorías de la "cultura" y la "naturaleza". Y la confusión no tanto como desconcierto sino como co-fusión, mezcla, continuidad. Sabemos que, culturalmente, el habitar (y toda habitación es una habituación, un hacer cuerpo y un habituarse), el representar, el imaginar el mundo, se va definiendo en cuanto fragmenta, selecciona, alza límites y fronteras simbólicas (no siempre físicas), en suma, en cuanto construye y establece discontinuidades: así comenzamos a hablar de "naciones" y hasta de "culturas", en plural, perfectamente segmentadas y espacializadas en una especie de arquitectura moral de las costumbres.

Esa misma lógica cultural de la discontinuidad es la que tiende a prevalecer, en nuestro entorno, cuando comenzamos a hablar de la "naturaleza". Y dicha lógica subyacía, a mi modo de ver, en las explicaciones (geniales, por otra parte) de nuestras compañeras. Por ejemplo -sin poder distanciarme de los estudios sobre etnicidad y migraciones-, cuando empleaban conceptos o categorías como "plantas pioneras", "especies invasoras" o, desde luego, la tan española "malas hierbas", no podía desterrar de mi cabeza las analogías con los movimientos migratorios y con el gobierno de los cuerpos migrantes en nuestras ciudades.

Por definición, el cuerpo migrante siempre es ajeno, otro, extraño, distinto, invasor, monstruoso y alienígena (un viajante siempre entre mundos), sucio. Y digo "sucio" porque sería incapaz de referirme al ordenamiento urbano sin relacionar antropológicamente el sentido de "orden" con un sentido mayor de "higiene". Así, desde esta perspectiva, el ordenamiento de los cuerpos en el espacio, el gobierno de la vida de las poblaciones, al fin y al cabo, trata de ubicar a cada cual en su sitio; de tal guisa que, finalmente, la suciedad no es sino materia fuera de lugar, y un migrante "ensucia" el paisaje en cuanto mueve su piel por territorios que -en base a la lógica de discontinuidad- le son ajenos, o dicho de otro modo, en cuanto se "planta" en una naturaleza otra.

En base a estos principios, la ciudad queda ordenada ("limpia") cuando cada uno está donde debe estar, por lo que ordenar implica siempre una restricción -de cuerpos, de movimientos, de especies en contacto-, mientras que un paisaje urbano desordenado no sería sino un enunciado material de peligros y amenazas. La suciedad, desde este prisma, no viene explicada por una propiedad de los seres, de las cosas, de las personas, sino por su ubicación, por su concreta distribución en el espacio. Eliminarla, a su vez, no implica un movimiento negativo, sino un esfuerzo positivo por organizar el entorno, por ajustar nuestro entorno o nuestro mapa mental a una idea determinada. He ahí, siguiendo las explicaciones sobre la flora y la fauna locales, la particular paradoja del típico ajardinado coruñés: tras la belleza formal de su presentación -recortada, inmaculada, brillante... impracticable- la

ciudad no disimula, tampoco en este plano, su suciedad: aquello que muchas veces nos muestra (ciertas plantas, ciertos colores) no se corresponde en realidad con el "orden natural" de las cosas; muy al contrario, como vimos, aquello que nace "en su lugar" (xestas, silveiras...) -sorprendentemente- queda relegado a espacios de nadie, terrain vagues o intersticios vulgares, siempre limítrofes, alejados del dominio de lo "urbano", que no es otro que el dominio de lo racional, lo estético y lo ordenado... el dominio de lo civilizado y de lo cultural.

Al tratar la compleja y polémica categoría de "especies invasoras" -que pueden llegar a estos lares tanto impulsadas por grados de azar de vientos y mareas como por la acción directa de políticos singulares- subyace, para bien y para mal, una idea fragmentada de la naturaleza, y una frontera aún marcada para con la cultura. Es decir, ¿quién puede determinar, a fin de cuentas, la "originalidad" o la "autenticidad", el límite o la forma de un entorno cuya razón de ser y de estar es la de vivir en movimiento, la de contagiarse por impulsos de aire y por corrientes de agua, la de dispersar semillas y, como decía el poeta, ver crecer árboles, plantas y matorrales por doquier para darle una alegría al viento?

La lección magistral que nos dieron nos vale para recordarnos, por un lado, que las ciudades marca y los proyectos de ciudad también se nutren y juegan con lo "natural" para diseñar su ciudad-postal particular. Y que, por otra parte, lo hacen a menudo en contra del propio "orden" interno y de los propios rasgos naturales de proximidad. El caso de Coruña es paradigmático. Personalmente, no encuentro mayor belleza que aquella que rodea a la ciudad, aquella que -en cierto modo- sigue ingobernable y, en ocasiones, la amenaza y mancha el asfalto o destroza paseos; aquella que, en menor grado, ha sido domesticada. El resto de jardines, de glorietas, de "zonas" o "espacios" verdes donde basta con entrar para ser considerado tú el invasor, campos que nadie pisa, que nadie piensa, que nadie habita, no representan sino ese cuidadoso arte de "mantenimiento" y "domesticación" de la naturaleza llevado a cabo en nombre de una idiosincrasia, de una identidad o de una cultura locales. Tal vez es ahí a donde quería llegar al iniciar estas líneas torpes y desordenadas.

Del mismo modo que los estudios de la ciencia, los cambios en biotecnología, los estudios de género y todo el pensamiento de deconstrucción nos hacen ver categorías de por siempre naturalizadas (como el "sexo") como un apéndice más de toda una serie de relatos y narrativas culturales que se construyen tanto o más que vienen dados, haciéndonos ver que la naturaleza es también construida con nuestros actos y nuestras ideas, con nuestros miedos y nuestras certezas, tal vez el planteamiento del modelo de ciudad que queremos pase por un replanteamiento de nuestra propia cosmología, una cosmología que ha venido dominando el pensamiento occidental desde hace al menos dos siglos.

En este sentido, el propio uso del concepto de "medioambiente" (que tiende a reemplazar al concepto de "naturaleza") indica un cambio gradual de perspectiva. Hasta hace poco, la naturaleza se asociaba únicamente con lo salvaje, mundo aparte ajeno a las reglas y caracterizado por la ausencia de humanidad. El medioambiente -concepto claramente antropocéntrico- supone que nuestro entorno no escapa a nuestra acción, y además, que nuestro entorno natural no puede ser definido de manera autónoma. Frente a esta estructura que sigue siendo binaria, autores como Descola distinguen cuatro tipos principales de cosmologías que regulan que, frente a "otro" (humano o no humano), puedo suponer o bien que posee elementos de materialidad o interioridad análogos a los míos (totemismo), o bien que su interioridad y su materialidad son distintas de las mías (analogismo), o bien incluso que tenemos interioridades similares y materialidades diferentes (animismo) o, en fin, que nuestras interioridades son diferentes y nuestras materialidades análogas (naturalismo). Esta categorización diferencial, por ejemplo, hace que el modelo naturalista que domina en Europa desde la mitad del siglo XIX nos una a humanos y a no humanos por una continuidad material y nos separe por la aptitud cultural o por una diferente capacidad de interioridad, mientras que los shuar, los achuar o demás pueblos jíbaros del Amazonas -entre los que Descola hizo trabajo de campo- no conciben la pesca o la caza, por ejemplo, como actividades en sí mismo productivas, sino, ante todo, como meras actividades de sociabilidad.

Pensar, pues, las naturalezas "otras" de la ciudad no puede permanecer al margen de repensarnos a nosotros mismos en y a través de la naturaleza, de su relación con la cultura y de sus fronteras, pobladas más que nunca por los mismos terrain vagues y las mismas vías del tren que, aparentemente abandonadas, siguen abonando la vida, redefiniéndola, resituándola.

---

!!! Lo sé, se me ha ido mucho la pinza ;)

Quería mandaros 4 líneas y, además de haberme desviado del objeto de las jornadas, me queda todavía la ruta de ayer por tocar... Como el tiempo se me viene encima, y como seguro que el vuestro tampoco es infinito, cierro aquí este mail que no pretendía ser sino un pequeño comentario de aprecio y agradecimiento.

Quizás la voz inglesa de ruts, que confunde a la vez las rutas (routes) con las raíces (roots)\*, dé aún más valor a vuestra propuesta. Quizás hoy las raíces o el sentido de nuestras ciudades no se nos aparezcan más que cuando nos salimos de ellas, cuando las caminamos y las llevamos con nosotros, esparciendo rutas como semillas.

Abrazos

---

\* un tema que viene de James Clifford...